

Rachel Swanson era una negociadora brillante. A un currículum académico notable, y que siempre trataba de actualizar, se añadían unas cualidades innatas para cerrar tratos de alto nivel. Sabía captar con prontitud la situación que se planteaba en cualquier reunión, así como las alternativas viables que se abrían a ambos lados de la mesa. Asimismo, tenía una rara habilidad en reconocer los principales rasgos de la personalidad de su interlocutor, lo cual le permitía dar la forma adecuada a unos mensajes y a un fondo provisto siempre de estructura y solidez. A todo ello se añadía una personalidad ambiciosa, dotada de un punto de agresividad, a veces cercana a la aspereza, que se revelaba de gran utilidad en un entorno en su mayoría masculino, y a menudo hostil, en el que, gracias a este carácter dominante y expeditivo, se movía como pez en el agua a pesar de incumplir con los cánones de belleza al uso, más proclives a valorar una mayor altura y esbeltez que la que ofrecía su figura. Sin embargo, su delicadeza y cuidado personal, acompañados de una personalidad resuelta, no exenta de una cierta desinhibición, acababan por resultar igualmente atractivas entre sus colegas.

La conjunción de esos factores le había llevado a una situación profesional prominente que le había permitido darse a conocer en ciertos grupos empresariales dueños de un gran poder económico y político, a quienes había ofrecido sus servicios en varias ocasiones de forma eficaz aunque siempre acompañado de con un cierto desgaste personal, dado el carácter en extremo frío e impersonal, con visos incluso de crueldad, que acompañaba a esas gestiones. Aunque su intención era tomar distancia con ese tipo de negociaciones, se había visto obligada a aceptar un nuevo encargo de esa élite ya que las personas vinculadas a estos grupos le hicieron saber que era un cometido especial y muy bien retribuido pero, a la par, ineludible, y que cualquier negativa por su parte acarrearía consecuencias indeseadas e irreversibles para su carrera profesional. Tenía

la suficiente experiencia en esas lides como para saber que no le quedaba otra opción que aceptar.

A pesar de esa exigencia, la información que le habían facilitado era más bien escasa; sin ir más lejos, no disponía de ninguna referencia personal sobre aquel tal Ángel con quien iba a reunirse, ni siquiera un apellido. Su mandato para esa entrevista era escucharle, recoger sus peticiones y hacer un análisis de toda la situación que reportaría a sus clientes.

No le gustaba el entorno en el que se encontraba. Le habían llevado a una especie de búnker subterráneo, que no podía localizar con precisión, y cuyas instalaciones, aunque modernas, cumplían, a su entender, una función más acorde con un refugio nuclear que con cualquier tipo de vivienda u oficina. Por lo que recordaba de las cláusulas de confidencialidad que había firmado, todo lo referente a aquel lugar era algo a olvidar tan pronto acabara la negociación, o lo que fuera que iba a hacer allí.

Al final del pasillo que llevaba a la sala en la que iba a tener lugar la reunión había dos hombres de complexión fuerte que guardaban la entrada. En cuanto llegó hasta ellos, sintió que su proverbial temple era puesto a prueba incluso antes de empezar a actuar. Le abrieron la puerta y la cerraron a sus espaldas, dejándola sola con aquel hombre, que le esperaba de pie y que mostraba, a pesar de su precaria situación, una serenidad, tanto en la compostura como en la mirada que, a decir verdad, agradeció.

Una mesa y dos sillas era todo el atrezo disponible en la habitación, más allá de una luz blanca, de hospital, que le resultaba incómoda. Sin más demora, inició la conversación.

—Buenos días, señor Ángel. Siéntese, por favor —dijo Rachel, en un tono profesional al tiempo que se acomodaba en su asiento.

—Gracias —respondió Ángel con voz calmada, antes de sentarse frente a ella.

—Mi nombre es Rachel Swanson y represento a un grupo de empresarios bastante influyentes a quien usted ha interpelado, tras alegar que tiene un mensaje que darles. Soy la persona encargada de recibir este mensaje y transmitírselo. Estoy a su disposición.

Tras esa introducción, Rachel constató que, por primera vez en mucho tiempo, le era difícil obtener una primera impresión de la persona que tenía delante, la cual la observaba con intensidad, aunque también con respeto. Al expresarse, su voz le pareció firme y, a la vez, atenta.

—¿Hasta qué punto conoce usted a este grupo de empresarios?

Aunque no tenía aún ninguna referencia a la que atenerse, Rachel captó enseguida que tras la aparente neutralidad de aquella pregunta había una prueba de confianza. Ante tal envite, decidió abrirse más de lo que lo hubiera hecho en otras negociaciones.

—No son el tipo de personas a las que me quisiera enfrentar. Son familias poderosas que manejan intereses diversos por todo el mundo tanto en el ámbito económico como en el político —dijo Rachel, algo sorprendida de su propia franqueza.

Ángel apreció esa respuesta. Según veía, estaba delante de una persona a quien podría transmitirle sus intenciones, de manera que abandonó su precaución inicial y mostró una mayor proximidad.

—Son mucho más que eso. En verdad, son los verdaderos amos del planeta. Acumulan tal poder, sustraído a lo largo de generaciones, que no hay ningún país o sector económico que escape a su influencia. Conforman un grupo que entre ellos llaman el Círculo, donde desde hace siglos toman las decisiones que, *de facto*, definen el rumbo la humanidad.

Rachel tomó aire. La entrevista se situaba en un terreno que no se esperaba, pero aceptó el reto y prestó atención a aquel alegato, que aún no había terminado:

—El destino que estas personas han procurado al mundo que conocemos es injusto e inhumano. Su único propósito es un enriquecimiento sin límite, y para ello han convertido a todos los seres humanos en material consumible para tal fin, incluso prescindibles en tanto su anulación les procure una mayor cuota de dominio económico o de poder.

Al escucharlo, Rachel constató que el discurso de Ángel surgía de forma natural, con una convincente mezcla de rigor y aplomo a través del cual conseguía representar a todas las personas de las que hablaba.

—Sin embargo, esta potestad ha llegado a su fin —continuó el joven—. En esta reunión voy a dictarle un conjunto de doce puntos cuya aplicación cambiará la composición de poderes que rigen en la actualidad. Usted deberá trasladar al Círculo estas propuestas para que las acepten. Después, me dirigiré a los gobiernos de todos los países para trasladar de forma operativa a la población este nuevo orden.

Rachel Swanson entendió el mensaje. Su siguiente pregunta era obvia.

—Y, ¿por qué motivo deberán mis clientes aceptar estas peticiones?
—Su tono mostraba tanto curiosidad como escepticismo.

—Tengo a mi disposición una fuerza que los anulará si no las cumplen. —La contundencia de aquella afirmación hizo que Rachel se estremeciera ligeramente.

—¿Qué clase de fuerza? —inquirió, a la vez que trataba de mantener su voz estable.

—Una incommensurable.

Rachel quedó en silencio, a la espera de una mayor aclaración. Ángel, tras dejar pasar unos segundos, puso la palma de la mano derecha sobre la

mesa y Rachel empezó a notar una extraña sensación en los brazos, ambos apoyados también en ella. De forma incomprensible notaba calor en uno y frío en el otro, como si sus antebrazos estuvieran apoyados en una superficie helada o candente, no con intensidad como para dañarla, pero sí suficiente para que le fuera perceptible el cambio de temperatura, que, para su asombro, además, alternaba su polaridad. Tras unos segundos en los que Rachel no movió los brazos, esta sensación térmica se extendió a las mangas de la chaqueta, y le subió hacia los hombros. Este cambio la asustó, pero antes de que le diera tiempo a cambiar su posición, la sensación desapareció de la chaqueta, y de su cuerpo.

Aunque resultara inocua, aquella demostración impresionó a Rachel quien, turbada, se preguntó para sus adentros por qué demonios la habían enviado allí. Las palabras de Ángel la aturdieron todavía más.

—Porque eres prescindible.

Rachel se concedió un tiempo para recomponerse y seguir adelante con el diálogo. Retomó la palabra, y su talante era otro.

—Si quisieras, podrías salir de aquí —dijo Rachel, en una aseveración que era más una constatación que una pregunta.

—Podría destruir toda esta instalación sin dificultad. Pero mi actuación está siendo, hasta ahora, discreta. Solo quiero que me escuchen.

Al seguir con las preguntas, Rachel se reconocía más en una curiosidad personal que en el cumplimiento de ningún encargo.

—Entiendo. ¿Dónde has conseguido esta fuerza?

—Del dolor del mundo. Pero sobre este tema no me preguntes nada más.

Rachel respetó el hermetismo que encerraba esa respuesta, aunque continuó interrogándole.

—¿Hay alguien más que te apoye?

—No voy a responderte a eso —contestó Ángel, otra vez de forma concisa.

Esta réplica era, como la anterior, a todas luces insuficiente para con el mandato que debía cumplir, pero Rachel decidió que era todo lo que iba a trasladar a sus clientes.

Ángel recuperó el hilo de la conversación.

—Voy a dictarte los puntos de los que te he hablado.

Aunque Rachel anotó los doce preceptos que Ángel le redactó en su cuaderno de notas, ya que no se le había permitido llevar consigo ningún dispositivo electrónico, tenía la sensación de que no era necesario, porque a medida que los escribía le quedaban grabados en la memoria, uno detrás de otro, palabra por palabra. Su retentiva era aguda, pero era obvio que recibía ayuda por parte de su interlocutor. Una vez acabada la transcripción, y ser evidente para Rachel que el Círculo no iba a aceptar esas condiciones, fue un poco más allá en sus preguntas.

—Si posees este poder, ¿por qué no le arrebas el dominio al Círculo y lo impones sin más a los gobiernos? —El tono de esas palabras denotaba una cercanía que no se esforzó en disimular.

—Este cambio, como ves en mis propuestas, no supone daño alguno para nadie —respondió Ángel con la misma familiaridad—. Yo no soy un instrumento de venganza, sino de restitución. Lo único que pretendo es que cada ser humano pueda vivir de acuerdo con lo que este planeta está en disposición de ofrecerle, en plenitud y en paz.

Rachel no encontraba trampa ni cartón en aquella persona; todo lo que le decía, más allá de sus implicaciones, le parecía coherente. Incluso, por qué no decirlo, sugerente. Con todo, recordó que había un encargo que cumplir.

—Bien, voy a trasladar tu mensaje a mis clientes. Sin embargo, no sé si voy a tener suficiente credibilidad para hacerles conscientes del poder que me has mostrado.

Ángel recogió el testigo con rapidez.

—Apunta este número: 7346.

—¿Qué es? —preguntó Rachel, sin saber a qué atenerse.

—Es la combinación de la caja de seguridad que sir Benedict Parker tiene oculta en la pared lateral izquierda de su despacho. —Una vez más, a pesar de lo excepcional de sus afirmaciones, Ángel se expresaba con sencillez.

Rachel tardó un tiempo en contestar. La sorpresa no era la única razón de su silencio.

—Necesito algo menos comprometido.

Ángel advirtió que Rachel velaba por su seguridad personal, y atendió su inquietud.

—Entiendo. Voy a darte lo que me pides, y de un modo más extenso.

—Gracias. —Al pronunciar esa palabra, una sonrisa sincera de agradecimiento dibujó el rostro de Rachel.

Ángel empezó a hablar, y Rachel tomó cumplida nota de sus indicaciones respecto a los miembros del Círculo, y también sobre los tiempos de aquella negociación y las consecuencias de su incumplimiento.

Tras despedirse de Ángel, y dar por finalizada la entrevista, Rachel abandonó la sala consciente de que esa conversación, de un modo que aún no sabía definir, significaba un antes y un después en su vida. La precaución que la había acompañado en su llegada había mutado hacia una extraña seguridad que le permitía afrontar con entereza, no exenta de cierta aprensión, el próximo paso que debía dar, la reunión con el Círculo.